

laCuerda

miradas feministas de la realidad

Año XXII No. 220

Guatemala, mayo 2020



¡Venceremos!

Continuum de luchas

En Guatemala es frecuente escuchar a las mujeres decir que la vida es lucha, y cómo no van a tener esa percepción si desde que nacieron, las niñas son menospreciadas y maltratadas. Ese obstáculo original es, paradójicamente, un reto vital que cada mujer y todas juntas tenemos que enfrentar cotidianamente y hasta la muerte, si no queremos sucumbir.

Si en la familia se considera a las mujeres como seres naturalmente designados para el servicio y la reproducción, es necesario, de entrada, saltar las trancas de la misoginia y romper con el machismo y su inseparable violencia. Requiere valor y fuerza hacerse sujeta digna en una sociedad que no respeta sus orígenes y que se sostiene, por la fuerza, sobre los pilares del racismo y la desigualdad.

La rebeldía, el sentido de dignidad y nuestras convicciones son potencias que han hecho posible que miles de mujeres en el mundo, a lo largo de los siglos, nos hayamos opuesto a ser víctimas del sistema que nos impide desarrollarnos libremente. El orden patriarcal ha sido tan perverso y duradero porque abarca todos los ámbitos de la vida: mandata qué debemos hacer, pensar, decir, sentir, hacer, siempre en función de su dominación. Nos obliga a seguir los patrones de la sumisión, el recato, la aceptación. Eso mismo y sobre todo el innato deseo humano a vivir bien, es lo que hace que las luchas nuestras tengan continuidad en el tiempo y en los espacios. No en vano seguimos defendiendo nuestros derechos en la cama, en la casa, en el trabajo, en lo comunitario. En nuestro territorio cuerpo, memoria, tierra.

Gracias a las ancestras comunes y a las de sangre, muchas mujeres hemos logrado superar los límites impuestos, como el de acceso a educación, por ejemplo. Como feministas, rendimos homenaje a las hermanas **Jesús** y **Vicenta Laparra**, pioneras del periodismo escrito desde el siglo XIX; a las habitantes originarias que enfrentaron a las hordas conquistadoras; a las que no se sujetaron a la esclavitud y huyeron a las montañas; a las que se alzaron contra la serie de abusos cometidos en su contra durante toda la Colonia; a las obreras que reclamaron sus derechos laborales; a las revolucionarias de la Primavera Democrática; a las militantes de las organizaciones político militares que enfrentaron a las dictaduras; a las maestras, costureras, enfermeras, secretarias, telefonistas, meseras, cocineras, niñeras, lavanderas, sindicalistas, artesanas; a las profesionales y académicas; a nuestras madres, abuelas, tías y hermanas que nos transmitieron los conocimientos para entender nuestra situación y condición; la energía y las claves para salir del sometimiento y hacernos mujeres luchonas, feministas conscientes, compañeras de luchas, amigas, comadres, colegas, buscadoras con quienes compartir los sueños de bienestar y las tareas del largo camino para la transformación.

Pese a que el Estado de Guatemala, conducido por el crimen organizado y las mafias empresariales, parecen llevarnos a un horizonte donde la impunidad sea el valor más importante para una sociedad inundada por la corrupción, nosotras seguimos los pasos de nuestras ancestras y el dictado de nuestros irreverentes corazones que no se conforman y laten junto a quienes continuamos en la búsqueda de bienestar común.

Estudiar sin ser violentadas

El modelo regresivo -en términos de derechos humanos- del cual parece jactarse obstinadamente este gobierno, se extiende a otras esferas: En la Universidad de San Carlos de Guatemala (USAC), a pesar de que la comunidad universitaria está conformada por el 53 por ciento de mujeres, las decisiones siguen tomándose desde ópticas androcéntricas, sin asumir debates profundos sobre los problemas que les afectan de manera específica a ellas. A las miradas obtusas y sexistas, debe sumársele la falta de voluntad política para resolver estas problemáticas, con lo cual persisten las violencias cotidianas y el clima de inseguridad en el que las estudiantes deben sobrellevar sus carreras.

Esta situación volvió a repetirse en el marco de la discusión en torno a la creación de un Reglamento para enfrentar el acoso y la violencia sexual. La AEU formuló una propuesta para ser presentada ante la Comisión de Reglamentos y evaluada. Cuando la comisión se reunió, se constató que la propuesta que estaban sometiendo a consideración, no era la de AEU sino otra, vaciada de contenido. Es decir, una jugada sucia de hacer parecer que las cosas cambian, para que no cambie nada.

Entre otras cuestiones, la propuesta presentada fue elaborada desde una óptica ginope, dicho de otra manera, sin tomar en cuenta la experiencia de las mujeres. De su contenido se desprendía que las acciones sancionatorias quedaban diluidas, las unidades académicas se transformaban en juez y parte y, como si

esto no fuera suficiente, no estaba diseñado para poner en el centro a las víctimas y la reparación del daño de la cual fueron objeto.

Hartas de intentar abrir puertas que permanecen cerradas y de apelar a los canales institucionales que hacen la pantomima de existir, pero solo reproducen esquemas viciados y representatividades al menos cuestionadas, las estudiantes de la USAC y otras universidades participaron hace pocos días en un pre congreso para debatir en torno a las violencias. Se pronunciaron contra las estructuras académicas caracterizadas por la misoginia, la heteronormatividad, el racismo y las violencias; denunciaron su invisibilización como sujetas científicas, la imposición religiosa o ideológica como mecanismo de respuesta ante el problema de la violencia contra las mujeres, así como la omisión de las autoridades universitarias en el cumplimiento de sus responsabilidades.

Igualmente, denunciaron y exigieron el cese de estas condiciones.

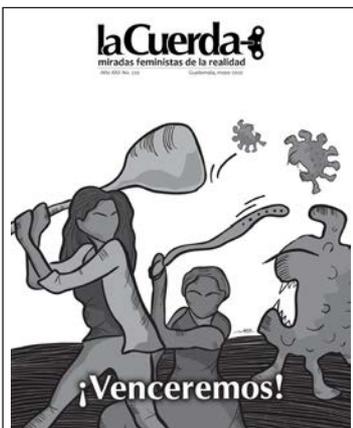
Además, que se garanticen espacios seguros y libres de violencia, así como mecanismos operativos, procedimientos claros y sancionatorios para garantizar una justicia pronta y cumplida.

¿Cuánto más tendrán que seguir esperando las estudiantes para poder estudiar sin ser violentadas?, ¿cuánto tiempo más serán víctimas de violencia física, sexual, psicológica, económica, epistémica, simbólica e institucional sin que las autoridades actúen como corresponde?



en Portada

Mercedes Cabrera



CONSEJO EDITORIAL:

Paula del Cid Vargas, Anamaría Cofiño K., Andrea Carrillo Samayoa, Lucía Escobar, María Dolores Marroquín, Ana Silvia Monzón, Anabella Acevedo, Maya Varinia Alvarado Chávez, María José Rosales, Rosa Chávez, Ana Lorena Carrillo Padilla, Mercedes Cabrera, Lily Muñoz, Silvia Trujillo, Verónica Sajbin Velásquez, Melissa Cardoza y Rosario Orellana.

AGRADECEMOS LA COLABORACIÓN

EN ESTE NÚMERO:
Evelyn Recinos Contreras, Lizeth Jiménez Chacón, Ana G. Aupi, Carla Molina, Ximena Rodas y Sofía Sánchez.

EDITORAS:

Anamaría Cofiño K. y Andrea Carrillo Samayoa

REPORTERAS:

Rosario Orellana, Francelia Solano, Pia Flores

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN:

Mercedes Cabrera

DISTRIBUCIÓN Y SUSCRIPCIONES:

Asociación La Cuerda, Angélica Zapeta, Bety Guerra y Francisco Mendoza

PRODUCE Y DISTRIBUYE:

Asociación La Cuerda.
3a. Calle 5-35 Zona 2.
Ciudad de Guatemala 01002.
Telefax: (502) 2232-8873.
Correo: lacuerdaguatemala@gmail.com
internet: www.lacuerdaguatemala.org
www.lacuerda.gt
f LaCuerda Guatemala

SUSCRIPCIÓN: 11 números al año. Q.300.00
El tiraje de esta edición es de 20,000 ejemplares.

Los artículos son responsabilidad de quienes los firman. Está permitida, tolerada y estimulada la reproducción de los contenidos ;siempre y cuando nos citen!

La publicación y distribución de laCuerda son posibles gracias al apoyo de:



Entre la liberación de la mujer y el conflicto armado: así era el feminismo en los setenta

Violeta Alfaro es periodista, analista, escritora y además, formó parte de la historia del feminismo en los años setenta. Tiene más de 60 años de ser feminista y nos comparte cómo se miraba ser parte de la liberación de las mujeres en años marcados por el conflicto armado, en paralelo con el machismo que ha caracterizado a la sociedad guatemalteca.

Francelia Solano / laCuerda

¿Cómo era el feminismo?

“En los años setenta nos reunimos algunas compañeras, pocas, en un círculo de estudio y reflexión sobre la condición que vivíamos, en lo que llamaron la segunda oleada del feminismo. Aquí surgen movimientos por la liberación de la mujer en varios países del mundo. En Guatemala el acercamiento al movimiento feminista se produce leyendo a **Simone de Beauvoir** y de nuestra experiencia en una sociedad machista; eso nos lleva a asumir ciertas posiciones. Era un círculo de reflexión sobre diversos temas, no solamente de la mujer sino de la situación social de Guatemala y no solamente eran las mestizas sino también indígenas”.

Coincidió con la etapa en la que **Violeta** comenzó a hacer periodismo y un suplemento que se llamaba *ELLA*, para el diario *El Gráfico*. La revista presentaba contenido como recetas de cocina, horóscopos, moda y belleza. **Alfaro** decidió incluir columnas donde las autoras escribieran sobre varios temas desde perspectivas feministas.

“Invité para que escribieran algunas mujeres, entre ellas **Ana María Rodas**, hace como 50 años. Recuerdo un artículo que escribió que se llamaba ‘¿Sabe usted hacer el amor?’ y es que en ese tiempo surgió una noticia de un lugar que estaba ofreciendo trabajo a mujeres y en la entrevista les preguntaron eso. **Ana María** publica el libro *Poemas de la izquierda erótica* que causa bastante impacto (por considerarse algo obsceno). También vino **Alaide Foppa** con la revista *Fem*, que significó un acercamiento con el tema. Nosotras a veces distribuimos las revistas”.

Ambos acontecimientos fueron importantes en la difusión del feminismo en Guatemala. En el primero, en 1973, **Rodas** habla en versos de dos grandes temas tabú: las personas en condiciones de pobreza y la liberación femenina. El libro era considerado obsceno y pornográfico. La segunda sacudida del feminismo en Guatemala se dio en 1976, con la revista *Fem*, dirigida por **Alaide Foppa**, donde se difundía información feminista, ensayos y se daba la voz a mujeres en el arte.

¿Cómo fue su acercamiento personal?

Inicia desde el punto de vista teórico en los años sesenta al leer *El segundo sexo* de **Simone de Beauvoir** y por ser mujer en esta sociedad. Incluso me sucedió con una institución importante al solicitar trabajo, salió por oposición, gané con el puntaje más alto y no me contrataron. Yo fui a reclamarle al director, a pedirle explicaciones y él me dijo claramente: ‘no quiero tener parto cada año’. Así. Esta era la experiencia de ser mujer. También influenciaba lo que nos llegaba sobre lo que pasaba en el mundo. Resalto que así como concepto de feminismo no lo manejamos, sino como liberación de la mujer”.

¿Qué luchas había en ese momento?

“Estaban en discusión temas como planificación familiar y aborto. El de planificación familiar era porque la iglesia siempre se opuso y también corrientes progresistas. Se veía como una política neomalthusiana (la planificación familiar) porque venía de Estados Unidos y se creía que lo que se pretendía era ‘que no hubiera más pobres en el mundo’.

Entre los años sesenta y principios de los setenta fue una etapa muy importante porque se publicó *Guatemala: una interpretación histórico social* de **Carlos Guzmán Böckler** y **Jean Loup Herbert**, que muy bien fundamentado plantea el punto de vista del tema social sobre la contradicción de un indígena en Guatemala y sobre la mujer indígena. Y la otra situación era el conflicto armado en Guatemala”.

Para **Violeta Alfaro** el ensayo es importante, ya que se hablaba de interseccionalidad y cómo ser mujer y ser indígena es difícil en un país como Guatemala. Este ensayo que se publicó en los setentas, fue el primer paso para el surgimiento del libro más icónico de **Severo Martínez** en los ochentas: *La Patria del Criollo*. En ambos se habla de racismo y se define la figura del ladino en la opresión hacia los pueblos mayas.

Alfaro considera necesario resaltar que el conflicto armado era una lucha importante que de cierta manera impidió un mayor crecimiento del movimiento de mujeres liberadas, ya que muchas de las más valientes estaban en armas.

En medio de un conflicto ¿Cómo era ser una mujer liberada?

“En Guatemala no estábamos muy al día sobre el tema, no por falta de mujeres conscientes, sino porque desde los sesenta había iniciado el movimiento revolucionario armado y en ese momento ya había muchas alzadas en armas. Habían adquirido (sic) una lucha reivindicadora en todos los campos y las mujeres estaban incorporadas. Que no sería la primera vez que se unieran a las reivindicaciones. Siempre hemos estado en las luchas reivindicadoras”.

¿Cómo se miraba ser parte de un movimiento como este?

“No llegó a configurarse ningún movimiento, eso se logró después de la firma de la paz. En mi opinión y a mi juicio, tiene que ver con que las más valientes y conscientes y las que sentían más lo que pasaba en la sociedad guatemalteca, estaban comprometidas con una lucha mayor.

Sobre cómo se miraba, recuerdo que el esposo de una amiga en estos grupos de reflexión, se inventó para nosotras, menos de diez compañeras, unas siglas. Organización Guatemalteca... bueno ya no me recuerdo, pero decía ORGASMO, por burlarse de nosotras.

Incluso los hombres o amigos que oían que uno era una mujer liberada, pensaban que estaban liberadas para acostarse cuando un hombre lo pidiera en cualquier momento. Es decir, ellos veían liberación sexual. No se veía con respeto, sino con desconfianza y burla”.

Alfaro, desde el otro lado del teléfono, recuerda las luchas que se ganaron durante su época. De la que se siente más orgullosa, es la de haber formado parte del movimiento que buscó que la vestimenta maya se pudiera utilizar en los diferentes espacios laborales y lograr la penalización para quienes se opusieran a esto. Además de otras luchas que continúan vigentes para esta nueva generación de feministas, como la de lograr que la planificación familiar llegue a todas las mujeres y la despenalización del aborto.



La violencia contra las mujeres en el confinamiento

Lily Muñoz / Socióloga feminista

Siglos de pandemia patriarcal

Dado el carácter patriarcal de la sociedad guatemalteca, las mujeres de todas las clases sociales, etnias y edades, han ocupado un lugar de subordinación en relación con los hombres, en todos los ámbitos de la vida social, económica, política y cultural, lo cual se ha manifestado en una subvaloración de sus vidas y en una clara discriminación de género en la familia, en la escuela, en el trabajo, en las iglesias, en la calle, etcétera. Por largos siglos el sistema patriarcal las ha confinado a la casa, asignándoles roles vinculados a la reproducción de la vida en el ámbito privado, reservando para los hombres los roles directamente relacionados con la producción, los cuales han sido más valorados en términos sociales y económicos, por formar parte del ámbito público y por sus aportes a la acumulación capitalista.

Aun cuando cada vez más mujeres se han incorporado al mercado laboral, su rol cotidiano en la economía doméstica familiar no ha sufrido variaciones, lo que ha implicado para ellas la llamada “doble jornada”. A esta realidad cotidiana, se suma el problema de la violencia contra las mujeres en el país, que constituye un dispositivo utilizado para perpetuar la asimetría de poder entre mujeres y hombres, que a su vez, resulta sumamente funcional al sistema capitalista global.

Durante el confinamiento

Según la socióloga uruguaya, **Karina Batthyány**, en Guatemala, el 83 por ciento de las mujeres tiene empleos informales, sin ningún tipo de cobertura de seguridad social o protección de la legislación laboral. Además, en la región latinoamericana, casi el 40 por ciento de las mujeres trabajadoras, están empleadas en el comercio, restaurantes, hoteles y trabajo doméstico y aproximadamente el 80 por ciento del personal de enfermería está conformado por mujeres.¹ Estos datos nos permiten aproximarnos a la situación que ha vivido la mayoría de mujeres en el país en este período, ante las medidas presidenciales restrictivas impuestas a la población en el marco del estado de calamidad y el toque de queda, decretados con motivo de la pandemia del coronavirus en el territorio nacional. Tele trabajo, desempleo, drástica reducción de ingresos, serias dificultades para garantizar las medidas de bioseguridad en el ámbito doméstico por falta de recursos para la compra de los bienes y servicios necesarios para ello, incremento desmesurado del trabajo de cuidados, ante el cierre de los centros educativos y de trabajo, y agravado por el confinamiento obligatorio de un gran número de personas que fueron declaradas altamente vulnerables al contagio de la COVID-19: mayores de 65 años y con enfermedades crónicas pre existentes. Todos estos constituyen factores de riesgo para las mujeres, tanto para su salud física como para su salud mental, y una mayor probabilidad de contagio, si consideramos que la mayoría de personas infectadas están siendo atendidas por mujeres en sus respectivos hogares, por la saturación de los hospitales y por la pérdida de confianza por parte de la población, en el sistema de salud pública del país.

Convivencia cotidiana con el agresor

En los párrafos anteriores hemos dado unas pinceladas de la violencia estructural ejercida sobre las mujeres, antes y durante el confinamiento, por el Estado guatemalteco y por la sociedad en su conjunto. En la dimensión más personal de este *continuum* de violencia, en el año 2019, según datos del Ministerio Público (MP), se recibió un promedio de 167 denuncias diarias de delitos contra las mujeres



y las niñas, siendo el 58 por ciento específicamente de violencia contra la mujer. El 25 por ciento de esas denuncias estuvo vinculado a violencia física y el 34 por ciento a violencia psicológica.²

Por otro lado, en los meses que han transcurrido de 2020, los registros de denuncias del MP, revelan que ha habido un promedio de 190 denuncias diarias de delitos contra las mujeres y las niñas, de las cuales, el 72 por ciento corresponde a violencia contra la mujer. El 52 por ciento de dichas denuncias fue por violencia física y el 27 por ciento por violencia psicológica.³ Si comparamos estos datos con los del año pasado, es por demás evidente que la violencia contra las mujeres, las adolescentes y las niñas se incrementó con el confinamiento y que la violencia física contra sus cuerpos, se duplicó durante su convivencia cotidiana con sus agresores que, sin lugar a dudas, son los hombres más cercanos a sus vidas: padres, padrastros, hermanos, tíos y abuelos. Esto también refuerza la tesis de que el lugar más peligroso para las niñas, las adolescentes y las mujeres es –paradójicamente– su hogar.

Redes comunitarias de apoyo

El artículo 16 de la Ley contra el Femicidio y otras formas de Violencia contra la Mujer, establece que “Es obligación del Estado garantizar el acceso, la pertinencia, la calidad y los recursos financieros, humanos y materiales, para el funcionamiento de los Centros de Apoyo Integral a las Mujeres Sobrevivientes de Violencia (CAIMUS)”, y señala que serán administrados por organizaciones de mujeres especializadas en el tema. No obstante, seis de los diez CAIMUS existentes en el territorio nacional, no cuentan con recursos porque desde el 2019 han sido excluidos del presupuesto nacional. A pesar de ello, las organizaciones de mujeres que los administran han implementado todo tipo de estrategias para seguir atendiendo a las mujeres sobrevivientes de violencia en los CAIMUS, ante la ausencia de un Estado que lejos de garantizar a las mujeres una vida libre de violencia, contribuye con sus acciones y sus omisiones, a perpetuar este flagelo que afecta al 52 por ciento de la población guatemalteca.

Ante esta situación tan desoladora, definitivamente cobran una relevancia significativa los esfuerzos de organizaciones de la sociedad civil, por fortalecer las redes comunitarias que apoyan a las mujeres sobrevivientes de violencia en los distintos territorios del país, durante el confinamiento y en el período posterior, cuyos retos se avizoran inconmensurables, particularmente para las mujeres.

1. Batthyány, Karina. (2020). La pandemia evidencia y potencia la crisis de los cuidados. No. 1. En: www.clacso.org.ar/biblioteca_pandemia
2. En: Muñoz, Lily y Celeste Aldana. (2019). Situación de trata de niñas, adolescentes, jóvenes y la acción de liderazgos religiosos en Guatemala. Guatemala: ACTuando Juntas Jotay.
3. <http://observatorio.mp.gob.gt/mujer/>

Ilustración: Mercedes Cabrera



Querernos mejor

Evelyn Recinos Contreras / Poeta, abogada, defensora de derechos humanos

Poco antes de estrenar mis treinta primaveras terminé una relación larga y me cambié de casa, de trabajo y país. Comenzaba una nueva vida creyendo saber cómo funcionaba el mundo y con la certeza de estar lista para la aventura amorosa. Mi generación, con toda razón, se había encargado de romper las reglas que hasta hacía muy poco habían normado las relaciones amorosas heterosexuales típicas, una conocía a una persona, pasaba tiempo con ésta, se enamoraba, se casaba, descubría que no era amor, permanecía casada infeliz, luego se divorciaba e iniciaba de nuevo la vida. El paso siguiente variaba según el gusto de la persona en cuestión, algunas veces se repetía el ciclo y otras veces la persona seguía su vida en etapas de semi compañía o en semi etapas de compañía. Para mi generación eso era profundamente insatisfactorio y limitante, no nos gustaba la idea de transformarnos en nuestras madres o nuestros padres, así que, decidimos prenderle fuego a la mecánica y nos abrimos a más posibilidades, entendimos que existían muchas y variadas formas de relacionarnos y de amarnos.

Respecto al sexo la cosa se volvió más sencilla, no necesitamos trámites civiles, familiares o económicos para disfrutarlo. El placer está a disposición de nuestra mano. Literalmente. Existe una gama diversa de aplicaciones a través de las cuales dos (o más personas) acuerdan reunirse en un punto específico y si las cosas salen bien, después de un café, una cerveza, una cena, o una conversación superficial, allá vamos a la cama de una persona desconocida, que será nuestra compañera en el placer durante algunas horas.

Me reconocí perpleja ante la nueva dinámica y poco convencida de querer probar el mundo virtual, así que intenté infructuosamente conocer personas a la vieja usanza, salir por las noches, inscribirme a clases varias, acudir a cualquier evento

social que remotamente llamara mi atención, el juego de la seducción no estaba más en las calles, había migrado a las pantallas, así que me lancé y tristemente me convertí en una usuaria insatisfecha de las cochinas aplicaciones.

¡Cuánto estrés! las personas que entramos al juego nos creamos un perfil y un personaje. “Hola soy Evelyn, me gusta el café, los libros y la comida, tengo buenas intenciones y mala memoria”. Luego una serie de fotos, de frente, de lado, de pie, en la naturaleza, abrazando a un perro/gato, tratando por todos los medios de exponer nuestra mejor imagen. El paso siguiente es pasar horas y horas viendo los personajes de las otras personas tratando de elegir a cuál te gustaría conocer. Luego los mensajitos terriblemente aburridos del tipo ¿qué haces para vivir? ¿cuál es tu pasatiempo favorito? ¿vives sola? ¿qué te gusta?, hasta que alguna de las dos partes decida dar un paso al frente y armar una cita.

Yo odiaba el ritual, y sin embargo me lo preparaba con esmero. Me duchaba, me ponía una ropa bonita, me recitaba algunos fragmentos de mis poemas favoritos para inspirarme y me encaminaba al lugar de la cita. Iba al encuentro del amor como a hacer deporte. Ropa adecuada, actitud decidida y profundo deseo de mover el cuerpo en nombre del bienestar. Casi nunca salía bien. El éxito no dependía de la posibilidad de tener o no sexo con alguien, el problema era la dificultad de conectar más allá de la superficialidad. Regresaba exhausta y frustrada, no había encuentro, no había espacio para los afectos y yo era infeliz.

La justificada necesidad de conectar e identificarnos...

Creo que el mundo de las aplicaciones virtuales se acomoda bien a nuestra idea de libertad sexual, sin embargo, hemos sacrificado la intimidad y los

afectos, por lo que creo que necesitamos darle una vuelta al asunto. Es fácil tener sexo, pero se ha convertido en una transgresión gravísima esperar comunicación constante, cercanía e intimidad. Puedes llamar a una pareja esporádica que nació de un encuentro virtual para coger, pero no puedes darte ese lujo si lo que estas necesitando es una persona que comparta contigo mimos y cuidados mutuos, que se permita la vulnerabilidad que requiere la comunicación honesta, o alguien con quien sentarte por horas a debatir las dudas existenciales propias y ajenas. No está bien esperar tiempo y sentimientos, eso se considera una transgresión. Se puede hacer uso de los cuerpos para el placer, pero solamente si es un placer limitado que no permite la conexión emocional.

No estoy hablando de una fantasía de amor romántico. Estoy hablando de la justificada necesidad de conectar e identificarnos con la otra, con el otro, de tener relaciones gozosas en las que se comparten placeres, pero también cuidados mutuos, honestidad, crecimiento, tal vez necesitamos construir nuevas formas de relacionarnos en las que el sexo no solo sea una especie de transacción casi comercial, sino una forma de comunicarnos y querernos mejor.

No me odien, sé que hay usuarias y usuarios satisfechos. Puede ser que su satisfacción nazca de haber podido trascender la superficialidad para formar vínculos variados y enriquecedores, y ese es el meollo de este asunto. Necesitamos jugarle la vuelta a las herramientas virtuales, y en lugar de perpetuar el individualismo, como manda nuestra sociedad machista capitalista, nos encontremos enteras unas con otras, para gozar juntas, pero también para acompañarnos, para conspirar, para crear nuestras propias reglas del juego cuidándonos mutuamente, para permitirnos la ternura, el respeto, la generosidad, la empatía, la honestidad y el amor. ☘

Melissa Cardoza / Poeta hondureña, feminista

Por estas tierras una crece aderezando su pensamiento de afanes científicos e ilustrados con doctrinas que consideran la evolución humana como aquella en la que vamos “quemando etapas”, con lo cual el pasado será desechado para acceder a un estadio mejor al que la humanidad debe aspirar.

El futuro siempre será mejor, dicen, de tal manera que después del capitalismo nos espera una etapa evolutiva superior, afirman los convencidos. Y, sin embargo, en medio de esta hora planetaria, en la que se evidencia que el capitalismo es una desgracia mortal para millones de personas, una redescubre que en ese menospreciado pasado, vivo y no de parques arqueológicos, se sistematizan saberes vitalmente pertinentes.

En esta Honduras sistemáticamente abusada, desde la estructura del Estado, por un capacitado grupo de maleantes, narcos y ladrones de oficio, nos encontramos en la indefensión frente a un virus invisible que amenaza con llevarnos a una muerte sin velorio. Pánico es palabra corta para expresar lo que hemos vivido, pánico inducido y alimentado con los que siempre ganan con el miedo irracional. Confinadas y usadas para obtener ganancias mediante corruptelas que se han convertido en el corazón de la política oficial, aquí seguimos, las que podemos quedarnos en casa sin la mordida del hambre, oteando un horizonte sin virus.

Modelo comunitario de emergencia

No toda la gente ha entrado en esta lógica de la obediencia mandatada. Desde ese marzo impredecible, cuando la volatilidad de este virus se acercaba, el pueblo garífuna, convocado en la Organización Fraternal Negra de Honduras (OFRANEH), decidió asumir las riendas de la situación e inició la organización de más de 20 comunidades del litoral para enfrentar la pandemia, ahora han sumado barrios garífunas de la ciudad de San Pedro Sula, epicentro nacional de la COVID. Como ha dicho **Miriam Miranda**, dirigente de OFRANEH: “a nosotras nos duele la muerte de cada persona de nuestras comunidades”.

El pueblo garífuna tiene mucha conciencia de que al Estado de Honduras no le interesa el destino de su gente. Les niega su condición de nacionales, cuando lo interpelan en los juicios internacionales; o les nombra con orgullo folklorizado ante el turismo; pero en todos los casos enfila sus políticas racistas intentando expropiar sus territorios y cultura, y expulsarlos masivamente del país.

Así que las comunidades hicieron su plan de emergencia. Establecieron lugares y comisiones para sistematizar y proveer información calificada, oportuna y necesaria sobre el coronavirus; organizaron colectivos para elaborar mascarillas y las distribuyeron a lo largo de la costa caribeña; levantaron censos en los que se registró la población enferma o en condiciones precarias de salud que les hacen más vulnerables; detectaron

personas en condiciones de más necesidades alimenticias; acompañaron a probables contagiadas con sus propios protocolos de intervención, prepararon comidas, medicina, consuelo, cuidados.

Usaron sus estrategias, liderazgos y conocimientos. Involucraron a toda la población disponible, y aún más, organizaron cordones epidemiológicos en las entradas y salidas de las comunidades, estableciendo comunicación con quienes se quedaron en la ciudad y buscaban la manera de volver a sus pueblos; no dejaron por fuera un sistema de alerta y auxilio ante el incremento de la violencia contra las mujeres en este tiempo de cuarentena.

Lo que la OFRANEH ha desarrollado en estos meses es un modelo comunitario para enfrentar la pandemia que expresa su capacidad de autogobierno, y lo ha hecho sostenida en sus fuerzas y conocimientos, superando por mucho la acción del Estado que ha atesorado millones a nombre de una población a la cual desprecia.

En una entrevista de horario estelar en televisión nacional, un conductor de noticiero preguntó a cierto alcalde garífuna sobre un caso detectado en la comunidad. Respondió que no sólo era uno, que eran once y todos estaban en proceso de recuperación. Nadie murió, dijo, pero no han usado la medicina del centro de salud, se curaron con agua de mar y medicina tradicional garífuna. El conductor sonrió incrédulo, le insistió en datos y luego pasó a otra cosa, silenciando valiosa información que posibilita la defensa sanitaria para un pueblo que busca desesperadamente, y sin responsabilidad gubernamental, no morir de COVID.

Es obvio que la institucionalidad oficialista tiene que sostener la idea hegemónica de que la medicina y su experticia está en los lugares y las personas indicadas para ello, que el conocimiento que cura debe ser proveído por las farmacéuticas, los doctores, el hospital calamitoso, y que otros conocimientos no son legítimos ni válidos.

Mientras, la OFRANEH ha puesto al servicio de la gente su experiencia, divulgándola por diversos medios. Habrá que ver cómo la recibe un pueblo acostumbrado a los fármacos de una industria que ha logrado convencer a sus clientes que las prácticas ancestrales de los pueblos que saben bien comer, bien vivir y bien morir se consideran brujería, superchería, paliativos que “puede que no hagan mal, pero no curan.”

La COVID brota en este debate sobre qué es lo legítimo, cuál conocimiento sirve, quien decide la vida y la muerte de quiénes. Por siglos nos repiten que dar la espalda a los pueblos que resisten al evolucionismo desarrollista es la buena salida hacia un futuro promisorio. Y sin embargo esta organización garífuna que se opone reciamente a ese desarrollismo tiene una intervención capaz de enfrentar la crisis de la COVID; y la comparte. Habrá que ver si la ceguera colonial es más poderosa que esta fuerza vital organizada.

Y si de una vez, la normalidad racista cae sobre su propia miseria. ✎

Saberes de los pueblos:

**Bien comer,
bien vivir y bien morir**

Escribir en tiempos de incertidumbre

Anabella Acevedo / Crítica literaria, guatemalteca, reside en Xela

La escritura es una de las maneras en que traducimos nuestras indagaciones personales, nuestros miedos, deseos, alegrías, en fin, todo eso que reside en una interioridad que a menudo nos es difícil compartir. Y para quienes leemos, es también una forma de acercarnos a fragmentos de esa intimidad que protegemos tanto, de historias personales que nos han marcado, y de la manera en que momentos específicos de la realidad nos afectan.

Para muchas, la escritura creativa ha sido parte de sus vidas desde siempre y se ha convertido en un oficio que nace de la imperiosa necesidad de poner en palabras lo que sienten, lo que piensan, o lo que les molesta. Otras han estado pobladas de palabras que se manifiestan de otras maneras y que no llegan a la página en blanco necesariamente en la forma de textos poéticos. Pero hay ocasiones en las que escribir adquiere un carácter de urgencia, en los que solo nombrando con palabras lo que pesa sobre el corazón y compartiéndolo con otros vamos a sentir cierto alivio, aun cuando la práctica de la escritura creativa de repente nos tome por sorpresa.

Acá una breve muestra de textos que han sido escritos por mujeres durante estos tiempos de confinamiento, de temor y de angustia en los cuales esa "habitación propia" ha tomado las formas más extrañas.

Silencio

Taparse la boca,
para hacer silencio,
el virus del miedo, patriarcado y violencia,
anda suelto hace mucho tiempo.

Prohibido

Prohibido amar,
prohibido besar,
prohibido tocar,
prohibido tocarse,
prohibido salir,
prohibido quedarse,
prohibido hacer el amor,
prohibido pelearse,
prohibido vivir,
prohibido morir.

Aurora Chaj, artista, arquitecta y emprendedora maya K'iche' de Olintepeque, Quetzaltenango. Integrante del grupo MAIX.

Creo que me había acostumbrado demasiado rápido al ruido de esta ciudad. Me había acostumbrado a despertarme con los pitidos de los carros y a maldecir los cantos de los gallos de al lado a las cuatro de la mañana. Pero creo que estos días cantan menos. Me había acostumbrado a las sonrisas en la calle sin mascarilla, porque ahora hay que intuirlos. Y a los buenos días.

Me había acostumbrado al sonido del mercado. Al "¿qué va a llevar, señito?", y a las mujeres anunciando atol de elote. Y al sonido de las freidoras en la plaza, y al de los hombres rascando el hielo de las granizadas. Y al de las campanitas de los carritos de helados. Me había acostumbrado a los ayudantes de los buses gritando las paradas desde las puertas, a los gestos que hacían con sus manos. Y hasta al reguetón.

Me había acostumbrado demasiado rápido al ruido de esta ciudad. Y ahora las calles están vacías y tristes. Y los parques ahora enseñan lo que nunca queremos ver, las personas que lo ocupan porque no tienen otro sitio donde meterse.

Y siento que con las calles vacías, el silencio y los toques de queda aquí se reabren y sangran viejas heridas. Las de las abuelas que se acuerdan de la guerra cuando eran niñas, y del miedo. Y del "¿qué va a pasar ahora?".

Con la diferencia de que en estas noches no se oyen disparos, pero se escuchan cohetes. Y el cielo se ilumina de colores unos segundos. Como si alguien, desde su casa en la montaña, quisiera decirnos: "Tranquis, todo va a ir bien".

Elisa San Miguel: trabajadora social española. Estaba viajando por el mundo y la pandemia la detuvo en Guatemala. Una de las colaboradoras de la Olla Comunitaria en Quetzaltenango.

Utopía desde el corazón

Para las soñadoras
para los ilusos de siempre
esta época de pandemia
es una prueba para la solidaridad
para la sanación propia y ajena
para restaurar a la madre tierra
para tejer abrazos a la distancia
con la promesa de vernos pronto
para hacer vivible este espacio-tiempo
para negarnos a la iniquidad

Para los ambiciosos
para los infames de siempre
esta es sólo otra oportunidad
para acaparar
para ganar
a costa del débil
para imponer su voluntad
para cerrar su último contrato comercial
que en la letra pequeña
exige que entreguemos todo derecho
todo anhelo de cambio
toda libertad

Pero las soñadoras, los ilusos
siempre tienen una esperanza guardada
una utopía anudada
en una esquina del tiempo

Ana Silvia Monzón: socióloga, investigadora y comunicadora social feminista guatemalteca.

De todos los dolores

Este del corazón
No por mí
Que tengo comida
No por usted
Que lee este texto
Si ud lee este texto
No está
En la sobrevivencia
(ni yo tampoco
claro está)
Tiene tiempo
Tiene wifi
Tiene compu
Tiene energía
Posiblemente
Tiene trabajo
En casa
No le han cortado el agua
Le siguen poniendo luz
Le llevan la comida
Le surten la fruta
Escucha música
Se divierte viendo la tele
Ergo
Tiene cable
Tiene Netflix
Habla desde su cel
Con la hija
Que vive lejos
Le da clases a sus nietecitos
Aplicando excelentes
Estrategias pedagógicas
A gritos
O escucha a Bach
Idiotamente
Como yo
Para no deprimirse
Mucho
Ud querido/a lectora
Tiene de todo
Aquello
Que a otros les falta
(y a veces
hasta le sobra)
Igual que a mí
Que sin querer
Acabo de ver
En línea
Allá
Por Quetzaltenango
Una foto
De una familia
2 adultos
8 niños
2 ancianos

Todos bajo un árbol
Los sacaron de un cuarto
Donde dormían
No pagaron la renta
No tenían con qué
Todos sin comida
Todos sin agua
Todos sin bebida
Todos sin futuro
Todos viendo hacia la cámara
Un poco obnubilados
Sin mascarilla
Sin gel de alcohol
Sin guantes
Pensando que están
Allá en el fondo
De otra pesadilla
Creyendo que
Están viendo la tele
De la vecina
Que les cobraba 1 quetzal
Cuando tenían cuarto
Imaginan
Que quizás sí
Están soñando
Que van a despertar
Distintos
Menos pobres
Menos hambre
Sin lluvia
Sin frío
Porque es en Xela
O crearán
Que están
Dentro de un programa
Desos que ahora se estilan
De carácter
Antropológico
Que allí mismito
Lo entrevistan a uno/a
Para que diga
Lo que se siente
Ser pobre
No tener casa
No tener baño
No tener comida
No tener ropa
Para cambiarse
Eso querido lector
No le pasa a ud
No me pasa a mí
(que torturada
escribo este texto)
Le pasa siempre
A los mismos

Aída Toledo: escritora, académica, docente guatemalteca.

Seis de la tarde
y el silencio le ganó la carrera
a la noche
el cielo está claro
los zanates vuelan a sus ramas
es tarde y el cuerpo lo siente

Siguen pasando los días del encierro
obedientemente acatado
Un sopor
me insta a cerrar los ojos
dormir
olvidar
esta pesadilla

Este encierro es una puerta abierta
invitación tentadora
saltar al vacío o colgarte de la viga
partir sin dejar de ser
existir por convicción

Cada despertar
pregunta recurrente
en territorio sembrado de dudas

Abro los ojos
confirmo lo mismo
la bruma invade mi cama
nubla los sueños perdidos

Piedras en el camino
aplastan mi pecho
secan la hierba
que empezaba a crecer

Levantarse a lavar la cara
calentar el agua y leer la prensa
hacer como si fuerte fuera
como si quisiera
seguir viviendo

Ana Cofiño: investigadora, antropóloga, editora e historiadora guatemalteca.

Aprendiendo del Coronavirus

Alda Facio

Dicen que el coronavirus no discrimina, que no solo nos ha puesto a todas las personas, por más distintas que seamos las unas de las otras, en riesgo de enfermar, sino que a todas por igual nos ha recetado un futuro amenazante. Las medidas que se han implementado en nuestra región para lidiar con esta pandemia son una prueba irrefutable de la enorme desigualdad preexistente en todas nuestras sociedades y de la rapidez con la que el sistema capitalista neoliberal se aprovecha del sexismo, la misoginia, el racismo y todas las fobias contra el o la “otra” para reproducir y fortalecer su dominio sobre la grandísima mayoría de los seres vivos, así como sobre el planeta mismo.

Esta desigualdad preexistente, especialmente contra todas las mujeres que somos el grupo más grande de personas discriminadas, está asegurando que el virus sí discrimine como lo demuestra el alza dramática en la violencia contra las mujeres confinadas con su agresor, la proliferación de barreras a la atención médica, especialmente aquella relacionada con la reproducción, y la profundización de la pobreza, especialmente la femenina, así como las grandes desigualdades en el acceso a los servicios de salud o las diferencias entre quienes pueden sobrevivir bajo confinamiento y las que no tienen más remedio que poner sus vidas en peligro, ya sea para conseguir el alimento para sus familias, o para brindar servicios que -ahora sí- sus Estados han denominado como “esenciales” o porque simplemente no tienen donde confinarse. La lista de los horrores que ha creado este flagelo del Coronavirus es interminable pero también lo es la lista de los múltiples aprendizajes que nos está dejando. Solo mencionaré dos por falta de espacio.

Aprendizajes

El primero tiene que ver con el hecho de cómo la desigualdad en los efectos de las medidas implementadas nos está permitiendo apreciar con mucha mayor claridad lo peligroso de sobrevalorar la producción de cosas por sobre el cuidado de los seres vivientes y el planeta, así como la codicia de las políticas neoliberales que desde hace décadas nos venían exigiendo el Banco Mundial y el FMI. Si bien es cierto que antes de la pandemia ya se había logrado la casi completa privatización de la salud y seguridad social, las relaciones laborales, la educación, los servicios bancarios, los seguros, y hasta la justicia, las penitenciarias y la seguridad pública, la mayoría de las y los centroamericanos creíamos que

esto no era tan malo porque las políticas de privatización incluían una estrategia propagandística para hacernos creer que con las empresas privadas estaríamos mejor.

Con la llegada de esta pandemia estamos experimentando la casi nula capacidad de nuestros Estados de garantizarnos, entre muchos otros, el derecho humano a la salud, como es su obligación legal; por ejemplo, porque ellos mismos han desmantelado casi todos los hospitales públicos, abandonado sus pocos programas sociales y no tienen dinero para enfrentar la crisis económica y de desempleo que están causando las medidas de confinamiento, porque el dinero que deberían haber tributado las grandes empresas privadas se fue en incentivos o amnistías fiscales.

El segundo aprendizaje que quiero mencionar es tal vez todavía más importante por lo invisible que han sido sus efectos nocivos antes de la pandemia, y es el enorme error de haber permitido que nuestros gobiernos pusieran al mercado como central al desarrollo de nuestras sociedades, relegando todo lo relacionado con las labores reproductivas y de cuidado a cuestiones sin importancia para el indispensable crecimiento económico. Labores que son menospreciadas precisamente porque desde hace siglos están mayoritariamente en manos de mujeres, quienes, como nos enseña el patriarcado, no valemos casi nada.

Con la pandemia estamos viendo que el mercado no es lo central en nuestras vidas porque nos está permitiendo valorar lo que el patriarcado nos ha enseñado a despreciar: nuestra interdependencia y con ello, el aprecio por las labores de cuidado mutuo y la solidaridad. De esto hay miles de ejemplos, incluyendo personas voluntariamente manteniendo la distancia física, aunque sus gobiernos no se los exijan, como está sucediendo en Nicaragua; artistas deleitándonos desde sus techos o en las calles, personas recolectando alimentos para compartirlos con la gente más necesitada, memes con tanto sentido de humor que no podemos menos que soltar una carcajada aún en aislamiento, aplausos colectivos para trabajadoras de la salud y para las que cuidan de nuestros hijos e hijos, de las y los ancianos, las que limpian nuestras calles y las que trabajan en las tiendas de comida, y tantos otros ejemplos que nos demuestran que todas las personas somos esenciales y que somos los seres vivientes, y no el mercado, lo central en nuestras vidas.✂

Clara Coria / Psicóloga feminista argentina

La cuarentena instaló un aislamiento que impuso la renuncia al contacto corporal e hizo que la piel llorara ausencias. Es cierto que hubo aislamiento, pero también es cierto que las conexiones fluyeron por todos lados. También es cierto que nos quitó libertades -lo cual es muy ingrato- pero también ofreció una oportunidad inesperada para descubrir telones, desprender máscaras y mostrar desnudeces. Las superficialidades quedaron expuestas en carne viva, los disfrutes sencillos que la vida ofrece recuperaron visibilidad y el sentido de una Humanidad solidaria reclamó un lugar de reconocimiento. Las fortalezas y debilidades de las personas y del mundo quedaron expuestas sin maquillaje posible que las disimulara. Todo quedó al desnudo.

Lo inédito abrió un panorama inesperado. Hasta entonces, el Tiempo circulaba convertido en un transitar vertiginoso, imponiéndose como recurso de poder al servicio de la producción -a cualquier costo-

Miradas a esta “nueva normalidad”

Francelia Solano / laCuerda

laCuerda entrevistó a dos mujeres quienes dan su punto de vista sobre cómo podemos salir luego de casi cuatro meses de encierro y confinamiento, los escenarios y qué cambios podemos incorporar a nuestras vidas. Una de ellas es **Andrea Tock**, politóloga, investigadora social e integrante de la Asamblea Feminista, un espacio plural conformado por mujeres de varios lugares del país, donde se construye una propuesta política y de la vida desde una visión feminista.

Tock habla de la visión para el país y los escenarios que nos esperan. Por su parte, la bióloga e investigadora, **Bárbara Escobar Anleu**, conversó sobre el origen y cuál es el camino para que esto no se repita.

Dos visiones de la Guatemala post-pandemia

La pandemia trajo consigo una serie de problemas y preocupaciones alrededor del mundo. En Guatemala, el panorama no era diferente al principio, dice **Andrea Tock**, quien comparte cuál es su visión al terminar este periodo de confinamiento. Varios escenarios podrían ser esperanzadores, pero otros, los más realistas, no muestran un cambio significativo. “Algunas de las preocupaciones que se tenían eran en torno a las medidas que se estaban tomando y cómo realmente no se estaba distribuyendo el dinero de forma efectiva”. Desde la Asamblea Feminista existe una fuerte crítica “hacia los programas del gobierno”, como el Bono Familia que tiene casi tres meses de retraso en la entrega, o los otros nueve programas que llevan una ejecución menor al 13 por ciento, según la Bancada Semilla.

sin importar atropellos. Era un Tiempo que abrumaba, confundía y distraía de las necesidades genuinas. También engrosaba creencias ilusorias, reclamándole garantías a la vida y pretendiendo controlar el futuro. Era un Tiempo vanidoso que maltrataba el devenir cotidiano en pos de un futuro competitivo e impredecible.

Pero algo cambió. El Tiempo en cuarentena hizo su entrada con otra identidad. Se instaló como Tiempo sin apremios, portando consigo no pocas verdades y grandes sorpresas. Era un extraño desconocido para muchos. Quienes acostumbraban a vivir un ritmo programado, el día se les hacía eterno y la noche lejana. Por el contrario, hubo quienes, inesperadamente, descubrían que el día se les iba de las manos. Ya no era el apuro por llegar para seguir andando. Era descubrir el placer de transitar un Tiempo palpable y visceral que permitía apoderarse del Ahora. Un Ahora casi siempre descalificado como recurso de bienestar,

“Hay visiones diferentes de cómo comenzó todo esto y cómo se puede terminar” relata **Tock**.

Estas dos se dividen entre un cambio y que todo permanezca igual. “De un lado hay un grupo que es un poco más optimista y esperanzador. El otro grupo, un poco más pesimista con una crítica fuerte hacia las políticas estatales y el crecimiento de las desigualdades”.

Después de cinco meses se ha visto que las desigualdades, que ya existían antes, se han acrecentado; en algunos casos, las mediciones se vuelven un poco difíciles, entre ellas la violencia contra las mujeres (...) estar en casa hace más difícil el proceso de denuncia. Esto debido a que la víctima y el victimario viven en el mismo lugar y al estar ambos en el encierro, se dificulta hacer una denuncia..

Hay hábitos en los que esta pandemia puede dejar un atisbo de esperanza, como las redes de cuidado de la vida y las formas de ayudarse entre sí. **Andrea Tock** explica que “La pandemia en ciudades y hogares de clase media, ha quitado el velo a todo el trabajo reproductivo, que históricamente ha sido invisibilizado y nunca se ha considerado como un trabajo”. Pues ahora puede haber mucho más conciencia del trabajo que lleva la preparación de comida, la limpieza del hogar y tareas relacionadas con éste.

De manera intuitiva, **Andrea** apunta que quizás “los hábitos como la preparación de comida, el manejo del tiempo, el estar conscientes de dónde viene la comida, cómo se produce y cómo estamos interconectados y hacemos pensar en nuestros hábitos de consumo” podrían ser otro de los cambios que traiga consigo la pandemia.

Hábitos de consumo

¿Dónde se originó la pandemia? Es la pregunta que **Bárbara Escobar Anleu**, una bióloga conservacionista, quiere que hagamos. Explica que es importante para saber de dónde viene el problema y cómo corregirlo para evitar que suceda lo mismo en un futuro cercano.

“Vayamos al inicio de la pandemia, antes de su llegada a Europa. Sí, al primer brote, que inició en un mercado húmedo en Wuhan. En el lugar se vendían animales silvestres vivos y muertos, entre ellos los pangolines y murciélagos”, agrega **Escobar**. El primero es el animal más traficado en el mundo y según la Unión Internacional de Conservación de la Naturaleza (UICN), está también en peligro crítico de extinción.

Escobar apunta que “estamos hablando de animales que sacan de su hábitat de forma ilegal, los trasladan muchos kilómetros, los llevan en malas condiciones y están amontonados. Los animales, al igual que las personas, tienen patógenos. Todo esto llega a afectar la salud de las personas. Con esos escenarios ya no es tan difícil entender cómo una enfermedad de unos animales está en los humanos” dice, explicando que el tráfico de animales silvestres fue la causa inicial de problemas.

Para la bióloga, desde hace muchos años los “profesionales y personas que estudian estos temas, estaban advirtiendo que esto iba a pasar por el mal manejo de la vida silvestre y la mala relación con la naturaleza” y esto se pudo evitar. Pero si nuestros hábitos no cambian, según **Escobar**, nos esperan muchos escenarios similares para un futuro.

Escobar explica que debemos “reflexionar sobre la relación que tenemos con los demás seres vivos

en pos de alcanzar eternidades inexistentes.

Antes de la cuarentena anhelábamos un derrotero previsto y creíamos posible asegurar nuestro futuro, negando la incertidumbre, que es lo único cierto. Ahora necesitamos poder querer lo que aún es incierto, porque hay mucho por construir dentro y fuera de nosotros. Estoy convencida que debemos sacarle provecho a esta cuarentena inédita, para revisar el uso del Tiempo sin apremios y la capacidad para disfrutarlo. Animarnos a zambullirnos en nuestro propio adentro para escuchar sin tanto miedo a este nuevo Tiempo que guarda en su cuerpo de cristal, tan frágil, tan transparente y tan opaco a la vez, otras propuestas para un porvenir distinto, más respetuoso, más solidario y más responsable. Perdida en el silencio de mi balcón que mira hacia calles desiertas, me atrapa una brisa de cambios y un deseo de protagonizarlos me empuja a asumir como propias.✂

y (...) pensar profundamente sobre los hábitos de consumo”. Por ejemplo, añade que es poco probable que encontremos pangolines en el mercado, pero podemos pensar en lo que estamos comprando para comer o para vestirnos. “Hay cambios bien profundos que tienen mucho que ver con el sistema que nos ha llevado a esta pandemia. Un sistema que prioriza el dinero, la economía a costa de la vida de las especies y otras personas” dice. Entre ello, ver si lo que estamos consumiendo viene de un productor socialmente responsable y no de monocultivos, como la palma aceitera en Izabal que contamina ríos y lagos.

Otro de los grandes contaminantes, por ejemplo, son los colorantes. Según un ensayo de **Marissa Jaccot**, publicado por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, la industria textil es una de las más contaminantes pues tiene un “mayor consumo de agua y las aguas residuales que se generan contienen un gran número de contaminantes de diferente naturaleza”. En Guatemala esta industria representa un 9 por ciento del PIB según AGEXPORT.

Jaccot, defensora del ambiente, ha expresado en diversas ocasiones que al igual que los colorantes, los saborizantes artificiales son también fuente de contaminación de ríos y lagos por el mal manejo de plantas de tratamiento. **Escobar** concluye que, si no sabemos el origen de lo que consumimos, quizás sea mejor mudarnos a la compra local de pequeños productores.

Si aprendemos la lección, esto podría ser determinante para un cambio en nuestra forma de consumir y una excelente oportunidad para debatir sobre cómo el comportamiento de la humanidad nos ha llevado hasta esta pandemia.✂

Aumento de las vulnerabilidades de la población LGBTI



Silvia Trujillo / laCuerda

Las situaciones de discriminación y exclusión que viven las personas lesbianas, gay, bisexuales, trans e intersex (LGBTI) se han agudizado en el contexto de la pandemia de COVID-19. No resulta fácil conocer cuáles han sido los impactos diferenciados o si ha habido un aumento de la violencia ya que la información que recogen las entidades públicas sobre la población diversa no cuenta con datos desagregados y las barreras para denunciar son más difíciles de franquear debido a la ausencia de transporte público y de mecanismos idóneos para identificar y registrar esos casos. Sin embargo, es posible saber, a partir de sus testimonios y de los datos del Observatorio de muertes violentas por orientación sexual e identidad de género en Guatemala, que han muerto violentamente cinco personas LGBTI durante la cuarentena y suman ocho desde enero a junio, cifras que dan cuenta de un incremento de casos con respecto a años anteriores. **Carlos Romero Prieto**, secretario ejecutivo de la Red Nacional de Diversidad Sexual y VIH de Guatemala (REDNADS) y responsable del Observatorio, especificó que cuatro de dichas muertes ocurrieron en Izabal y la investigación que se lleva a cabo podría inducir a declarar las mismas, como producto de ejecuciones extrajudiciales. En el mismo departamento, se produjo el caso de una mujer trans detenida por las fuerzas de seguridad quien sufrió abusos y vejámenes en el sistema penitenciario, caso que también está bajo investigación.

La familia, violencia y confinamiento

La Defensoría de las Personas de la Diversidad Sexual de la Procuraduría de Derechos Humanos (PDH) ha acompañado a personas que han sido violentadas en el ámbito familiar.

Luis* tiene 15 años, cursa tercer año en el bachillerato y no se imaginó la pesadilla que iba a tener que enfrentar cuando su familia confirmó que él es gay. Sus familiares reaccionaron en su contra, la madre lloró, el tío lo regañó, la abuelita le dijo que “había muerto para ella” y el padre lo golpeó. Después de eso lo mantuvieron encerrado unos días para “corregir su error”, le prohibieron las llamadas telefónicas y lo amenazaron con

expulsarlo del hogar. Finalmente, luego de varios días de violencia física y psicológica, siendo las 5 de la tarde y ya comenzado el toque de queda, lo sacaron de la casa. Las autoridades públicas al conocer su situación se comunicaron con una organización de la sociedad civil que lo acogió en su sede y posteriormente gracias al apoyo de la Defensoría fue recibido en un albergue estatal hasta encontrar una solución a su situación.

Lo mismo le sucedió a **Vanesa** una mujer bisexual cuya familia se enteró de su orientación sexual durante el confinamiento, ella estaba saliendo de una relación heterosexual violenta, pero cuando la familia supo sobre su orientación sexual comenzaron a amenazarla con que si no volvía con su marido le iban a quitar a su hijo. Llegaron incluso, a maltratarla físicamente.

Andrea de León Díaz, directora de Vidas Paralelas, organización de la sociedad civil de Quetzaltenango que vela por los derechos de la población LGBTI explicó que “el confinamiento ha significado un incremento de la violencia. Ha habido muchos casos y muy difíciles de llevar. Por eso, hemos tenido que incrementar el apoyo emocional porque varias compañeras han entrado en proceso de ansiedad porque se han quedado sin trabajo o porque su familia se enteró de su orientación”.

“Quedarse en casa” no es opción

Los servicios de asistencia social que el gobierno implementó para paliar la crisis generada por la pandemia han excluido a la población LGBTI o, al menos, han intensificado las vulnerabilidades ya existentes. Al respecto, **Henry España**, defensor de las personas de la diversidad sexual de la PDH expresó que “la pandemia nos ha demostrado que las personas que históricamente han sido más vulneradas y sus derechos humanos han sido más violentados, son las que actualmente continúan sufriendo la mayor cantidad de violaciones a sus derechos por las medidas que se están tomando por parte del gobierno”.

En el programa de intervención para la asistencia económica temporal para personas y familias afectadas por la Covid-19 no se ha considerado a las familias diversas y el fondo de protección del empleo no se ha diseñado pensando en quienes se

ocupan en el trabajo informal. Por eso, la población transgénero desempleada no ha sido beneficiada con esos recursos. Por este motivo el 29 de mayo de 2020 la PDH hizo una recomendación al Estado guatemalteco para establecer estrategias que incluyan dentro de dichos programas a la población LGBTI que se encuentra en mayor contexto de vulnerabilidad, con especial énfasis a las mujeres trans.

En el país, de acuerdo con un estudio realizado por HIVOS en 2015 viven alrededor de 5 mil mujeres trans, de las cuáles, 76 por ciento ejercen el trabajo sexual, de acuerdo con lo manifestado por **Stacy Velásquez**, directora de la organización OTRANS. Sin embargo, debido a las restricciones impuestas por la cuarentena, muchas se han quedado sin ingresos o los han visto reducirse de manera sustancial.

Con esta percepción coincidió **Andrea de León**, quien explicó que “para quienes se ha empeorado muchísimo la situación es para las mujeres trans porque se han quedado sin ingreso económico y sin recursos para pagar por la vivienda o la comida. Por este motivo, algunas manifestaron que iban a dejar su identidad para ver si las contratan como albañiles, algo que para mí es muy fuerte, pero sabemos que también es por necesidad porque si no pagan donde vivir se quedarían completamente en la calle y tampoco tendrían como alimentarse”.

¿Qué hacer?

Las fuentes citadas coincidieron en señalar que mientras dure la pandemia es importante que se respeten y garanticen el derecho de igualdad y no-discriminación de las personas para que puedan acceder a programas de atención social con enfoques pertinentes, sin embargo, explicaron que dichas medidas son paliativas y no resuelven el problema de fondo. Hicieron un llamado al Estado a asumir acciones que en el largo plazo contribuya a resolver las inequidades estructurales, que los programas sean sostenibles y respondan a las demandas, así como que se apunte a la creación de políticas públicas que apunten a resolver inequidades y contribuyan a una vida digna para las personas LGBTI.

Muchas veces piensan que por ser indígenas no somos capaces

Francelia Solano / laCuerda

Bárbara Sacché tiene 22 años y 57 mil seguidores en Tik Tok. Con sus videos muestra cómo el racismo marca la vida de una niña indígena, pero también señala alguno de los prejuicios que tienen que afrontar como mujer indígena. **Bárbara** nació en San Andrés Xecul, pero luego su familia se mudó a Huehuetenango y ahí ha vivido la mayor parte de su vida. Cuenta que ese cambio fue un choque cultural muy grande que tardó mucho tiempo en asimilar. **Sacché** dice con voz bajita y serena que a temprana edad, cuando fue al colegio y convivió con más niños, fue descubriendo “que era diferente a los demás (...) con una cultura diferente, que no me vestía como ellos y no hablaba como ellos” y así continuó hasta graduarse de diversificado.

“Ya en la universidad las cosas cambian” afirma, piensa que puede ser el hecho de convivir con personas adultas o porque “esas diferencias dejan de importar un poco o uno ya no los ve de esa manera. Quizás uno ya no percibe las actitudes raras de las personas porque ya se acostumbró”.

Su llegada a Tik Tok

“Mis primeros videos fueron con pantalón porque eran las tendencias que estaban ahí. Después comencé con un video utilizando mi indumentaria y de ahí salieron los videos de ‘Diario de una indígena’ por los comentarios de ciertas personas que eran muy despectivos”, cuenta **Bárbara**.

Tik Tok es una plataforma con 500 millones de usuarios a nivel mundial, tiene un algoritmo que permite la viralización de contenido. Es por ello que los videos cortos de **Sacché** llegaron fuera de Guatemala. “En algunos videos personas de otros países preguntaban qué tenía puesto y de dónde era esa ropa” pero después de eso, las cosas comenzaron a ser un poco hostiles. **Sacché** asegura que “después se fueron dando los comentarios de racismo y fue donde salieron los videos de Diario de una indígena”. Los primeros, admite, fueron para defenderse, pero luego “me di cuenta de que estaba hablando por una comunidad que ha sufrido este racismo por mucho tiempo” admite.

Actualmente **Sacché** estudia administración de empresas y, en sus ratos libres, promueve el empoderamiento de mujeres y niñas indígenas que han sufrido racismo. A la vez, sana las heridas del pasado, comparte sus experiencias y de paso educa a las personas que tienen comportamientos racistas y prejuicios sobre su cultura.

Las cargas racistas y sus consecuencias

En un video **Bárbara Sacché** habla sobre las secuelas que le dejó el racismo que sufrió cuando era pequeña. Entre ellas el ser un poco tímida y el miedo a socializar por temor a ser discriminada. Sus pasos hacia la superación han sido importantes, tanto que hoy graba videos que son vistos por más de 57 mil personas que le siguen.

Ella se ha encargado de derribar algunos prejuicios, entre ellos, el más frecuente es que le llamen “**María**” en vez de **Bárbara**, “a pesar de que ahí dice mi nombre”, añade. Pero no solo le encasillan en nombre, sino también en una ocupación.

Desde los prejuicios, la gente asegura que ella trabaja “como tortillera o como empleada doméstica”. Sus condiciones de vida también han sido motivo de comentarios racistas, entre los más frecuentes apuntan que ella graba sus videos en la “casa del patrón” pero ella responde con palabras que llaman a la reflexión: “Esta persona pensaría que todo está bien si yo grabara en una casa de adobe. De esa forma sentiría que las cosas están como deben de ser” dice en una respuesta de video.



Foto: Instagram Bárbara Sacché

Aceptarse no ha sido fácil, pasó mucho tiempo negándose a sí misma como indígena fuera de las puertas de su casa. Pero las cosas han cambiado, quiere aprender más sobre su cultura y ahora se cuestiona sobre el racismo y la discriminación. También analiza las situaciones que la llevaron a eso.

El racismo se aprende

Sacché dice que el colegio fue una de las etapas más difíciles. En su centro de estudios no había muchas niñas que usaran indumentaria maya o tuvieran la misma lengua materna. Los niños hacían comentarios despectivos, pero ella lo entiende, pues son conductas adquiridas de los padres y que se reproducen en el colegio.

Muchas veces se pregunta si sus ex compañeros de clases, que viven cerca, se han cuestionado sobre si la han discriminado. Pero asegura que los casos más hirientes no vienen de los niños, sino de los adultos. Quizás el que más dolió fue el de una maestra. “Ella me dio clases en básicos y no sé si lo dijo de mala manera, pero me describió ante toda la clase, en el último día y dijo cómo me recordaba en mi primer día: ‘traías tu trajecito amarillo y yo no creí que fueras capaz de sobresalir y estar acá’, por haber sido la alumna destacada de ese año. Eso me pegó bastante porque me hizo pensar ¿por qué ella cree que no tengo la capacidad de estar acá? ¿Eso percibe la gente cuando me ve entonces?”

Pero pensó: “Ok, voy a demostrar que soy capaz y merezco estar acá. Porque también esa es una de las cosas que muchas veces piensan, que, por ser indígena, no somos capaces y se nos cierran muchas oportunidades por esos prejuicios.”

¿Desarrollo sostenible o sostenibilidad de la vida?



Lily Muñoz / Socióloga feminista

La crisis global que ha representado la repentina llegada de la pandemia de la COVID-19 a la vida de toda la humanidad, nos sumió inevitablemente en el miedo como reacción inicial y los gobernantes, como dignos voceros y operadores del sistema en el que vivimos, nos impulsaron a asumir la consigna del “¡sálvese quien pueda!”, aun sabiendo que en el mundo que habitamos, no todas las personas podíamos “salvarnos”, es decir, sobrevivir.

Nunca antes habíamos experimentado y atestiguado con tanta contundencia el *darwinismo social*, que constituye uno de los criterios fundamentales de la racionalidad y el funcionamiento de nuestra sociedad contemporánea y que, en medio de la crisis, nos revela cómo de la “selección natural” propuesta por Darwin, hemos pasado a la “selección socioeconómica” a la hora de decidir quiénes sobrevivirán a la pandemia y quiénes morirán en el intento. Evidentemente, ese criterio no lo define ni lo aplica la sociedad en su conjunto, sino aquellos que rigen el destino de las y los “ciudadanos” en cada país, en nombre del capital.

La reflexión como estrategia

Poco a poco hemos ido superando el estupor y la parálisis del miedo inicial, y hemos podido dar un salto cualitativo hacia la reflexión, como estrategia para entender y enfrentar la nueva situación de confinamiento en que nos encontramos y vislumbrar el futuro en ciernes, en medio de tanta incertidumbre. De hecho, a varias personas el confinamiento nos ha servido para hacer un alto obligado a la vorágine en la que estábamos viviendo como especie, previo a la pandemia, y nos ha conducido a revisar distintas dimensiones de la crisis.

En lo personal, me ha parecido que la crisis hace necesario el resurgimiento de viejos debates que nunca fueron resueltos, aunque sí neutralizados por el poder hegemónico de las instituciones que defienden el *statu quo*. Uno de esos viejos y recurrentes debates necesarios en medio de la crisis y de cara al período pospandemia, es sobre el desarrollo. Y aclaro que no estoy proponiendo un debate sobre la pertinencia del modelo de desarrollo que prima en el mundo, lo cual implicaría la generación de propuestas de nuevos modelos de alcance universal, que se disputarían la hegemonía en ese nuevo contexto. La verdad es que no creo en “modelos” y menos “universales”, cuando en realidad vivimos en un mundo heterogéneo, con enormes desigualdades y a todas luces, excluyente de las grandes mayorías. La pandemia vino a desnudar esa realidad, con múltiples evidencias que no pueden continuar siendo ignoradas por nuestra sociedad nacional, ni por la sociedad global.

En 1972, el llamado “Informe Meadows” impulsado por el Club de Roma, puso sobre la mesa el problema de los límites del crecimiento, al afirmar que “La [limitada] capacidad del planeta en que convivimos para hacer frente, más allá del año 2,000 y bien entrado el siglo XXI, a las necesidades y modos de vida de una *población mundial siempre creciente*, que utiliza a tasa acelerada los *recursos naturales* disponibles, *causa daños* con frecuencia *irreparables al medio ambiente* y *pone en peligro el equilibrio ecológico mundial*”.¹ Ese mismo año se llevó a cabo la Primera Cumbre Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo, en Estocolmo, Suecia.

En 1988 se publicó el Informe de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, con el título “Nuestro Futuro Común”, que prácticamente realizó un riguroso inventario de los riesgos que amenazan el equilibrio ecológico del planeta: “La deforestación, la degradación de los suelos, el efecto invernadero, la ampliación del agujero de ozono, la demografía, la cadena alimentaria, el aprovisionamiento de agua, la energía, la urbanización, la extinción de especies animales, la competencia armamentista, la protección de los océanos y del espacio, [etc.]”.²

La propuesta de la “Comisión Brundtland” -autora del informe- para atender simultáneamente la necesidad de frenar el deterioro medioambiental y la demanda de los países “subdesarrollados” por acceder al tan ansiado “desarrollo” (entendido como el crecimiento económico -a partir de la producción industrial basada en la explotación de “recursos” naturales renovables y no renovables y de “recursos” humanos-, la mercantilización y el consumo a gran escala), fue el ahora tan trillado “desarrollo sustentable”, “sostenible” o “duradero”, que implicó un cambio en el discurso del desarrollo, pero no en la realidad mundial, donde seguimos observando la primacía del capital por encima de la vida del planeta, vía la explotación irracional de los “recursos” naturales no renovables y de los “recursos” humanos, y el “consumo de masas”, la utopía de Rostow.

¿En realidad queremos volver a la “normalidad” de ese sistema que nos está conduciendo al abismo como planeta?

¿Queremos seguir cortando la rama que nos sostiene? Estos cincuenta años de “desarrollo sostenible”, la crisis civilizatoria en la que nos encontramos desde hace algún tiempo y la pandemia global sin precedentes que estamos viviendo, nos sitúan en una encrucijada que nos obliga a cambiar de dirección y de estrategias para garantizar la sostenibilidad, pero no del crecimiento de unos cuantos, sino de la vida del planeta.

Muchas de las claves que necesitamos hoy para privilegiar la racionalidad de la vida, las encontramos en el conocimiento ancestral de los pueblos indígenas, que desde una lógica biocéntrica, nos muestran que la especie humana no es ajena a la naturaleza sino que es un elemento más de ella. Ese reconocimiento es absolutamente transgresor del imaginario hegemónico del desarrollo, antropocéntrico, perverso y destructor. La economía feminista también ha realizado aportes significativos a la construcción de la racionalidad de la vida, como el llamado *provisioning*, que consiste en apostar por la satisfacción de las necesidades básicas como fin último de la economía o la resignificación feminista de la propuesta indígena sudamericana del “buen vivir”, que implica bienestar comunitario, al margen de la lógica capitalista. También podemos acudir a la revisión de las propuestas de economía solidaria o economía para la vida que han surgido en nuestros territorios, no precisamente desde el mundo académico, sino a partir de las luchas y estrategias de resistencia de las mismas comunidades.

¡No más la “normalidad” mortal del darwinismo social! Es hora de apostar por la vida, y eso solo es posible en común-unidad. ✊

1. Meadows, Donella H. et. al. (1972). *Los límites del crecimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.

2. Rist, Gilbert. (2002). *El desarrollo: historia de una creencia occidental*. Madrid: Catarata.

Las epidemias y las mujeres

Lizeth Jiménez Chacón / Escuela de Historia, USAC

Podemos pensar que el año 2020 será recordado principalmente por la pandemia del Coronavirus COVID-19, aunque las consecuencias que ésta genere pueden ser aún más duras: desempleo, hambruna, profundización de la precariedad, alojándose en los grupos más vulnerables, los pobres, la infancia, las mujeres.

Las epidemias han acompañado a la humanidad y se han trasladado de un continente a otro, generalmente siguiendo las rutas del comercio. Entre las más conocidas encontramos la Peste Negra en el siglo XIV que cobró la vida de alrededor de 25 millones de personas en Europa. Entre 1918-1919, la llamada Fiebre Española tuvo una letalidad de alrededor de 50 millones de personas a nivel mundial; y para el caso de América, los europeos introdujeron la viruela causando un fuerte impacto en la población, solo en Brasil le costó la vida a casi un millón de personas y se extendió a lo largo del siglo XVI y XVII.

En el territorio que después sería llamado Guatemala y particularmente para la sierra de los Cuchumatanes, **George Lovell** menciona que desde muy temprano en el siglo XVI, esta región se vio afectada por viruela, tifus, sarampión y tabardillo, prolongándose estas plagas hasta mediados del siglo XVIII, quedando incluso des poblados asentamientos recién fundados por los castellanos. Esto se profundiza en el estudio de **Lawrence Feldman** quien identifica 23 episodios de viruela entre 1534 y 1817 y 20 de tabardillo para el periodo comprendido de 1570-1819; esto nos indica que estas epidemias llegaron para quedarse por un largo tiempo.

En 1733, la capital se vio azotada por una epidemia de viruela que le costó la vida alrededor de mil 500 personas, hombres, mujeres, jóvenes, criollos y del común; se repitió el brote en 1780, y por fin la vacuna se empezó a aplicar en Guatemala hacia 1804.

Ya en el siglo XIX quizás la epidemia más conocida y estudiada es la de cólera morbus 1837, que azota el oriente del país y cobra la vida de alrededor de 12 mil personas. El gobierno de **Mariano Gálvez** dictó las medidas apropiadas para la época, sobre todo, cuidar las fuentes de agua para prevenir el contagio, estableció un cordón sanitario para la ciudad de Guatemala y además nombró una comisión de médicos a los cuales les asignó un barrio bajo su cuidado.

Nobles y valientes mujeres

Frente a la epidemia, se expresa por primera vez una mujer **María Josefa García Granados Pepita** sobre la atención que el gobierno le presta a esta situación. No vemos a las víctimas de la enfermedad sino a una mujer crítica que no coincide con las políticas de higiene

de la época. Para ello crea una pieza de teatro, que titula “Boletín del Cólera Morbus”, igual que la información oficial que el gobierno de **Gálvez** daba a la población, nos deja su visión de las medidas gubernamentales para combatir la enfermedad. Con gracia que raya en la burla, construye su boletín de los supuestos esfuerzos médicos para atender a la población.

Las epidemias, las plagas, las guerras y los eventos de la naturaleza requirieron cada vez más personal encargado del cuidado de las personas en hospitales, así, un grupo de mujeres que vemos aparecer junto a los cuidados de la salud son las Hermanas de la Caridad. Desde 1863, según **José Flamenco** en su *Reseña Histórica de la Beneficencia en Guatemala*, ellas vinieron para dar asistencia en el Hospital General y sustituir a los hermanos de San Juan de Dios y describe su trabajo en favor de los enfermos y enfermas como “aquellas que han venido sirviendo el Hospital General en Guatemala, siempre de la manera más satisfactoria. Nobles y valientes mujeres que a fuerza de vivir en un ambiente de desolación y de tristeza, llegan a olvidarse de los goces infinitos que la existencia pudo tener para ellas”, y se aplicaron con el mayor empeño sobre todo en las circunstancias más exigentes, cuando el país estuvo sometido a los distintos brotes epidémicos desde finales del siglo XIX, tanto a labores de enfermeras como a otros trabajos para dotar de lo necesario al hospital. También tomaron bajo su cuidado a niñas y niños huérfanos a causa de la muerte de sus familiares por las distintas epidemias.

Otro grupo de mujeres que también trabajó en los lugares de atención y que en las memorias de los hospitales nacionales mencionaron fueron las encargadas de la alimentación, en particular quienes hacían las tortillas, las molenderas y las lavanderas de los hospitales. Para llevar a cabo su labor, se acomodaron espacios dentro de los edificios y el número variaba de acuerdo al tamaño del hospital.

Solo en épocas recientes podemos contar con datos específicos para comprender cómo estas situaciones afectaron a las mujeres y, quizás, cuando podamos consultar los documentos en las bibliotecas, los archivos y las hemerotecas, con un trabajo más fino en las fuentes, encontremos las voces de las mujeres.

Sabemos que las mujeres sufrieron las enfermedades, cuidaron a sus familias, aprendieron a curar o aplicaron sus conocimientos para aliviar, y a lo largo del tiempo se profesionalizaron en el campo de la salud. Sin duda, las epidemias cambiaron la vida y las costumbres en épocas pasadas y el primer espacio para luchar contra la enfermedad es la casa.



El buen contagio: ollas comunitarias

Lucía Escobar / Periodista

Al hambre eterna que vive la mayoría en Guatemala, se vino a sumar la crisis provocada por la pandemia de la COVID-19.

Cuando el 15 de marzo de este año, el presidente **Alejandro Giammattei** oficializó el decreto de toque de queda sin un plan de contingencia claro y efectivo, vedó el derecho al trabajo a medio país, disparando una crisis de hambre que ya palpaba en el estómago de millones de guatemaltecos. La desnutrición aguda en Guatemala es un problema serio con consecuencias graves para toda la vida de quienes la padecen. Solo durante las primeras 17 semanas de 2020, Guatemala registró 12 mil 740 casos de niñas y niños menores de cinco años que padecen desnutrición crónica. Los casos se triplicaron si los comparamos con los del año pasado en que fueron 4 mil 575 en el mismo tiempo, entre enero y abril del 2019, según datos oficiales del Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social. Un informe del Programa Mundial de Alimentos (PMA) señala que alrededor de 2.3 millones guatemaltecos estarían en riesgo de inseguridad alimentaria este año, pero podrían ser muchos más, debido a la aparición de la COVID-19 en el país. Mientras el gobierno no hace nada al respecto, la sociedad civil pone ollas en el asunto.

#GuatemalaTieneHambre

Byron Vásquez es el propietario de *Rayuela*, un bar restaurante ubicado en la sexta avenida de la zona 1 que cerró sus puertas a principios de marzo. El 7 de abril abrieron, pensando en cocinar unos cuantos almuerzos para vecinos del área que ya antes del confinamiento pasaban hambre. Ese primer día hicieron 37. Un contingente de voluntarios se le unió. Tres meses después han servido alrededor de 40 mil platos de comida gratuitos a vendedores ambulantes, personas que viven en la calle, meseros, policías privados, amas de casa, madres solteras y ancianos. **Vásquez**, calcula que el 70 por ciento de sus voluntarios son mujeres. “Siento que las mujeres tienen más solidaridad y un sentido de protección más grande que el de los hombres”.

A las pocas semanas, en Casa del Río en La Antigua Guatemala, varios voluntarios abren el colectivo Banderas Blancas para juntar víveres y repartir a quienes ondean banderas de hambre. Casi al instante, se arma un comedor y varios chefs y cocineros del área se unen para organizar la cocina y comienzan desde el primer día a repartir medio centenar de comidas calientes que son recibidas por ancianos, vendedores ambulantes, madres solteras y familias enteras que encuentran el consuelo de un plato caliente. En dos meses de trabajo en los que las y los voluntarios no han cesado de llegar, igual que las ayudas, Casa del Río ha servido 13 mil 310 almuerzos, y ha entregado 463 bolsas de víveres y 874 bolsas de vegetales a familias empobrecidas.

Como el virus que se contagia exponencialmente, las largas filas de personas esperando comida y la respuesta de los voluntarios, animaron a **Anayte Vasquez** en Quetzaltenango a unirse a este movimiento. Ella también acaba de cerrar su proyecto *Tan Lechuga yo* y quería seguir activa vendiendo vegetales y adaptándose a la nueva situación. “Pero no me fue muy funcional, no sentía que fluía, no era auto sostenible”. Decidió cerrar y “cabal en esos días vi una cobertura del comedor de *Rayuela* y pensé; esto lo puedo hacer”. El 4 de mayo comenzaron y dieron cien comidas, al igual que los otros comedores, han ido subiendo de número con los días. Tienen 14 mujeres y 18 hombres de voluntarios, seis cocinas exteriores. El hambre también ha ido creciendo. A finales de junio, estaban despachando casi 500 almuerzos al día, con un total 17 mil 042.

En Quiché, **José María Leynez Ventura** quién ha trabajado toda su vida en el mercado, se dio cuenta que mucha gente llegaba a vender de aldeas muy lejanas con canastas pequeñas de higos, limoncitos. “No creo que vendiendo eso les quede para alimentar a su familia. Pensando eso, decidí hablarle a **Byron** para que me contara su experiencia. Empezamos



con siete voluntarios y el primer día dimos a 73 personas carne, pasta y frijol, la segunda vez atendimos a 123 personas con comida digna y completa.

También en Santa Lucía Cotzumalguapa, en el turicentro Aguas Vivas ya se organizaron para dar 100 platos diarios para esa comunidad.

En San Cristobal el Alto, en Sacatepéquez, **Tz'ules Sunun** abrió un comedor donde está logrando dar 250 almuerzos, atendiendo a una comunidad muy pobre que no puede bajar a la Antigua Guatemala por comida.

Estos comedores que han surgido por solidaridad y urgencia, la mayoría se han ido agrupando bajo el nombre de Ollas Comunitarias con el fin de hacer un frente unido contra el hambre y no descuidar la exigencia de que el gobierno asuma esta situación como propia.

Todo este hermoso trabajo de dar al prójimo es acompañado por decenas de mujeres y hombres, algunos cocineros profesionales otros solo entusiastas, la mayoría personas quienes desde sus casas cocinan ollas de arroz, vegetales, frescos, pan, guarniciones ricas, y desde el anonimato comparten con amor, el condimento que sale de sus corazones solidarios. Además, procuran hacer menús nutritivos, sanos y dignos. Y en Antigua han comenzado a innovar entregando en hoja de banano para evitar plásticos.

Antes del cierre de esta edición, nos enteramos que Las Ollas Comunitarias fueron seleccionadas como una de las 50 iniciativas que Naciones Unidas ha confirmado como finalistas del Premio Solidaridad en Acción de los Objetivos de Desarrollo Sostenible. ¡Felicitaciones! 🍴

- Para unirse a estas iniciativas y apoyar, contactar en redes sociales como Twitter, Facebook e Instagram con el hashtag #OllaComunitaria @OllaComunitaria o Banderas Blancas. Se necesitan personas voluntarias, donaciones en efectivo y en víveres.
- También podés organizar tu propia Olla Comunitaria con tus vecinos y amigos.
- Donaciones a cuenta monetaria del BANRURAL 3034295598 a nombre de Tan lechuga yo. 35168297 y en redes sociales @tanlechugayo
- La Antigua Guatemala, Casa del Río, banderasblancassac@gmail.com

#Pandemiafeminista

Ana G. Aupi / Poeta y comunicadora popular. Hija de lxs Aupi, y sobrina de Guatemala. Amante de las plantas

Desde nuestras casas (quienes tenemos), con dos meses de aislamiento, mínimamente, después de atravesar todas las alturas y bajuras, humedades y hastíos, cuando menos, las feministas no hemos dejado de “poner la nuestra” reusándonos a ser “público” del espectáculo de reajuste que está configurándose en este periodo de pandemia mundial.

Llevamos años denunciando cualquier intento de control de nuestros cuerpos y limitación de libertades, tanto normativamente como de facto, por las violencias que imponen los intereses mayúsculos. Desde hace décadas venimos analizando cómo, bajo el argumento de la seguridad, imponen leyes que controlan nuestra capacidad de decidir sobre nuestros cuerpos, de organizar nuestras vidas con quien “nos dé la gana”, de nombrarnos con el artículo que queramos, de limitarnos los accesos a libre circulación o limitar nuestra libertad de desarrollarnos como humanas completas, y no como mitad de nada.

En los últimos días hemos presenciado cómo desde muchos puntos del planeta los foros, encuentros virtuales y talleres nos acercaban a quienes estamos en red desde hace años, pero que, dados los tiempos de la supervivencia y la necesidad de dar respuesta en nuestros contextos, hasta estos días hemos reconectado de forma tan intensa y continuada.

Entre los discursos de odio que hemos denunciado y señalado estos días, uno que está llenando los foros y debates tiene que ver con los discursos de salud pública y seguridad que ocultan un repunte del fascismo y colonialismo patriarcal.

La viralización del video de la mujer de origen asiático comiendo una supuesta sopa de murciélago fue suficiente para la propagación del rumor de que esa fuera la causa del origen del virus, sin ningún fundamento científico. Esto generó la estigmatización de la población asiática a nivel mundial. Recordemos que no es la primera vez que ocurre, hay múltiples pandemias que a lo largo de los siglos han perpetuado o facilitado los avances coloniales y de control corporal de las poblaciones más vulnerabilizadas, entre las que estamos las mujeres.



Ilustración: Ximena Rodas Soto

Políticas de odio

En 1875, en Estados Unidos, la que fue llamada “enfermedad china” generó una de las primeras restricciones migratorias en relación con supuestas enfermedades que transmitía la población asiática. En la actualidad el propio **Trump** ha usado este término “enfermedad china” para referirse a la pandemia de la COVID-19.

Este tipo de acciones de desinformación en distintos momentos históricos sirvió como pretexto para girar leyes migratorias tales como la llamada Ley de Exclusión de los chinos, la cual fue firmada por el expresidente de Estados Unidos **Chester A. Arthur**, en el contexto de la epidemia de viruela en San Francisco, en 1882. Esta situación también fundamentó su accionar, atacando a la comunidad asiática que habitaba en el barrio chino.

La pandemia de tuberculosis de 1939 en ese país, sirvió para atacar a la población afrodescendiente; la del VIH en los noventa, a lo que años después sería el colectivo LGTBIQ; la influenza H1N1, a la población mexicana y centroamericana migrante, y así un sinfín de ejemplos.

En la actualidad Europa tiene una ley de extranjería que prácticamente sitúa en calidad de clandestinx a cualquier ciudadanx que llegue, que no tenga dinero y acceso a la propiedad. Esta situación no solo aboca a las mujeres migradas al trabajo de cuidados en condiciones de semi-esclavitud sino que además es un *continuum* del expolio de saberes y de mano de obra, que así como en época colonial, en la actualidad, permite el crecimiento de la economía europea.

Mas allá de que los señores “expertos en economía” no contabilicen dentro del PIB el trabajo de cuidados que hacemos las mujeres, nos consta como éste es un aporte significativo a la economía de los países. En Colombia, se contabiliza que el 20 por ciento del PIB se produce a partir de los trabajos de cuidado no remunerado según la Encuesta Nacional del Uso del Tiempo. **Camila Esguerra Muelle**, opina que cuando las mujeres se ven abocadas a migrar se produce de nuevo el expolio de este aporte económico, depositándolo en las arcas de las economías europeas.

Las vallas fronterizas, las cárceles para personas extranjeras, las redadas racistas callejeras, el abandono de lanchas por salvamento marítimo, el asesinato a manos de la policía de migrantes encarcelados, como el caso de **Idrissa Diallo**, **Samba Martine** o **Lucrecia Pérez**, entre otrxs, se suma a la indignación que hemos vivido por el asesinato de **George Floyd**.

Redes de cuidados

A pesar del estado de alarma y las medidas de confinamiento muchas ciudades del mundo salieron a protestar por **George Floyd** y el racismo que viven las personas racializadas. Durante la pandemia, en Barcelona se configuró la Red de Cuidados Antirracistas para repartir comida a domicilio a las personas más afectadas por la pandemia. Los vendedores ambulantes criminalizados de la ciudad, organizados en una tienda y marca de ropa llamada Top manta, empezaron a recoger comida y a realizar mascarillas con sus escasas siete máquinas de coser. Por barrios se localizaron puntos de recogida de alimentos y las redes de vecinas comenzaron a responder a la necesidad de la urgencia.

Los discursos de la seguridad y la salud han estado detrás de ajustes colonialistas y patriarcales a lo largo de la historia, supongo que el reto tiene que ver en no dejar avanzar a los discursos de odio y prácticas delincuenciales que hay detrás de la justificación de la violencia policial y el control de los cuerpos en beneficio solo de algunas personas.

El “cómo” vamos a hacerlo, es la pregunta constante que tenemos las feministas, porque en el “cómo” está todo el contenido de la propuesta de sociedad que queremos construir. ✊

Asian American Feminist Antibodies (Care in times of coronavirus):
<https://bit.ly/2Z48NWU>

A pesar de las limitaciones de movilidad en la pandemia, las mujeres han salido a las calles a trabajar para mantener a su familia. Estos son los retratos y las miradas de quienes luchan.

En la zona 7 **María Inés**, de 65 años, desde una pequeña ventanita despacha con miedo a sus clientes. Su esposo se enfermó del corazón y ella es quien trabaja para mantener el hogar.

Fátima Margot Catalán tiene 64 años y para mantener a su familia vende comida y refacciones. Todas las mañanas sale a vender mangos para mantener a sus cuatro hijos.

La desalojaron de su casa, fue a denunciarlo a todos lados pero nadie la ayudó. **María Magdalena** viuda de **Sian**, tiene cuatro hijos y desde hace nueve vivía en la casa de donde la desalojaron porque se quedó sin trabajo; por esta situación tuvo que repartir a sus hijos con familiares y solo se quedó con su hija. Está vendiendo mascarillas para sobrevivir.

Hacen chicharrines y plataninas para vender en los semáforos. Como no hay ferias, no tienen trabajo. Ella nació y creció en una feria y ahí aprendió a ganarse la vida, tiene 22 años y una hija de dos. Ahora vive con su niña en una carpa porque no tienen a donde ir.



Carla Molina / Fotógrafa y cineasta

